EL CULTURAL.es

EDICIÓN IMPRESA

Cosecha del 2011

Los diez mejores debutantes de la espléndida generación de la crisis

Care SANTOS | Publicado el 10/06/2011

Mutación grave que sobreviene en una enfermedad para mejoría o empeoramiento; momento decisivo en un asunto de importancia: esas son las dos acepciones recogidas por Coromines en su sacrosanto Diccionario de la palabra más pronunciada hoy de nuestro idioma: Crisis.

Siempre son tentadoras las etimologías, sobre todo cuando nos disponemos a ejercer la crítica, y cuando, proponiendo una lista de los diez mejores debutantes de la cosecha de 2010-2011, pretendemos poner el acento sobre una nueva hornada de narradores que viene reclamando su lugar en el panorama y llamando la atención sobre la única ventaja de los tiempos que corren, al modo en que lo proclamó Albert Einstein: "En los momentos de crisis, sólo hay algo más importante que el conocimiento: la imaginación".

Podríamos encontrar similitudes entre la situación que vive actualmente el mundo -con España, sabido es, entre los países colistas y más castigados - y lo que ocurrió en 1929, un año que hasta hace apenas un lustro se asociaba con estrecheces y cataclismos bursátiles. John Keynes llamó a aquel periodo "la mayor catástrofe del mundo moderno". Y, sin embargo, fueron tiempos inmejorables para la poesía y el teatro y un verdadero renacer de la novela. **La época vio nacer varias generaciones de excelentes literatos caracterizados por el compromiso social, del realismo sucio a la denuncia**. Se asistió a la caída de algunos ismos, por superados, y el nacimiento de un nuevo modo de sentir y contar. Lo social irrumpió con tal fuerza en la ficción que llegó para quedarse.

Visto lo visto, puede que tenga razón aquel miembro del jurado de un premio literario cuando recientemente afirmaba: "La gente tiene ahora tiempo para escribir, y eso se nota en la calidad de los trabajos". **Sí, puede que la última hornada de nombres propios de nuestras letras no hubiera sido tan poderosa en épocas de vacas más magras**. Hoy presentamos lo mejor de lo último de lo último. Diez nombres a quien damos todo el crédito, porque estamos seguros que darán mucho que hablar. Y, lo más importante, tienen mucho que contar y han comenzado a demostrarlo: Antonio Montes, Iolanda Batallé, Jenn Díaz, Cristian Segura, Daniel Sánchez Pardos, Jismina Sabadú, Javier Avilés, Fabián Casas, Roberto Valencia y Sònia Hernández. Nuestra opulenta generación de la crisis.

Nihilismo vital

No es que el nihilismo les pertenezca en exclusiva, ya que si algo ha caracterizado a los autores jóvenes de todos los tiempos es su rechazo a la sociedad que construyeron sus predecesores y a sus formas de poder. En ese sentido, los escritores jóvenes son los indignados más antiguos. **Aunque la indignación moderna**

y literaria presenta sus rasgos diferenciadores. Más pesimista que rebelde, acaso se manifiesta en el apego a los escenarios asfixiantes, en los que el presente es horrible y el futuro, un vacío.

Ésa es sólo una de las definiciones posibles de la obra de dos de las voces más jóvenes del grupo, ambas nacidas en la década de los 80: Jenn Díaz (Barcelona, 1988) y Antonio Montes (Montejaque, Málaga, 1980). **En la primera, la desesperanza es rural y asfixiante, y ni siquiera la magia puede atajarla**. La novela, *Bendolfo* (Principal de los Libros), ocurre en un espacio demencial, el pueblo imaginario que le da nombre, y está poblada por seres resignados a la desesperanza. También rural y diminuto es el pueblo de *El grito* (Siruela), opera prima de Montes, cuya trama única desarrolla un velatorio en el que caben docenas de historias, todas encaminadas a un final de horror rematado con ese grito al que alude el título, símbolo y síntesis al mismo tiempo.

Tradición revisitada

Sin duda, puede haber mucho de rompedor en revisitar la tradición. Una novela puede presentar en el aspecto formal o discursivo una factura más cercana al siglo XIX que a las deconstrucciones vanguardistas y no por ello dejar de ser rabiosamente hija de su tiempo.

Es el caso de los tres autores siguientes, **una terna nacida en la década de los 70, que esta temporada han firmado tres novelas entroncadas en tres tradiciones bien reconocibles**. En la de misterio cabe situar *El cuarteto de Whitechapel* (Ediciones del Viento), debut del barcelonés Daniel Sánchez Pardos (Barcelona, 1979); el periodista Cristian Segura (Barcelona, 1978) nos sirve en *La madriguera* (Destino) una novela satírica y Iolanda Batallé (Barcelona, 1971) prefiere el intimismo y el tono confidencial a la hora de abordar en La memoria de las hormigas (Gadir) dos de los grandes temas de la literatura de todos los tiempos: el amor y la muerte. La suya, en palabras de la autora catalana, es “una novela sobre las ganas de vivir desde la absoluta conciencia de la muerte”.

A pesar de lo disímiles que puedan parecer las tres obras y la dificultad de agruparlas bajo una misma etiqueta, tienen en común una preocupada mirada hacia el mundo contemporáneo, ya sea desde la óptica de una clase social -la burguesía catalana- trágicamente abocada a desaparecer, desde la reflexión acerca de la vigilancia constante a que estamos sometidos los anónimos ciudadanos o desde la hipersensibilidad de una madre que desea contarle cómo es la vida a su hija de corta edad. **Al fin, en los tres casos, la mirada lúcida acaba por transformarse en una mueca de desesperanza.**

Variar las formas

Desde las vanguardias, la fragmentación del discurso se ha interpretado como un signo de modernidad. Como si aún quedara algo por inventar, las nuevas generaciones de autores siguen tropezando en la piedra del discurso no lineal, críptico, poco o nada narrativo o, directamente, incomprensible. De algún modo, **es como si cada generación debiera pagar su correspondiente cuota de experimentación antes de atreverse a abrazar apuestas más convencionales**.

La no linealidad del discurso siempre es un recurso interesante. Más por personal y por atrevido que por original, claro está. Y también porque, con la irrupción de la virtualidad, con el ritmo acelerado a que el lenguaje audiovisual nos ha acostumbrado, las nuevas tecnologías han modernizado el concepto hasta crear verdaderos monumentos al ritmo, la secuenciación y la ausencia de discurso narrativo.

Es una narrativa compuesta de fogonazos, más que de escenas. A menudo, se trata de una literatura impresionista, que persigue mucho más la emoción o la reacción del lector que contar historia alguna. Es posible que si un lector del XIX abriera uno solo de estos libros, se sintiera en el acto mareado, o desconcertado, como si le hubieran prestado una novela en un idioma desconocido. Es lo que se ha dado en llamar, con poca fortuna, literatura “zapping”.

Entre los autores de nuestra particular cosecha, pocos son los que optan por un discurso clásico. Aunque de todos, es Javier Avilés (Barcelona, 1962), paradójicamente también el más veterano de todos ellos, quien ha llevado más lejos la fragmentación en su novela *Constatación brutal del presente* (Libros del

silencio). “Confieso: soy incapaz de crear una narración coherente.

Confesémoslo, todo está dicho ya. Intentar crear una obra narrativa que explique algo es una tarea redundante. Todo está dicho. Todo está escrito. Sólo varían las formas.”

Está claro que en esa pretensión pone Avilés todo su empeño, tras esta declaración de intenciones inequívoca. Su novela se arma alrededor de un endeble hilo argumental y se compone de digresiones, a veces metaliterarias, a veces ligeramente autoficcionales, sobre los asuntos que de común nutren el blog del autor, uno de los pioneros en castellano, *El lamento de Portnoy*. Es este además un ejemplo de literatura surgida en la red -no es el primer caso ni sin duda será el último en que el escaparate de la virtualidad se utiliza como vivero para la ficción- que cobra vida propia en las páginas de un libro al uso.

Acaso, puedan pensar los más cartesianos, hay algo de contradictorio en ello, y lo que nació en la red y participa de ese carácter de hipertexto que lo virtual sirve con tanta naturalidad debería prosperar sólo en la red. En defensa de libros tan inclasificables como el de Avilés podría alegarse que en suma, están abordando uno de los asuntos alrededor de los cuales lleva gravitando la literatura desde que el mundo es mundo y el engaño es engaño: **la imposibilidad del ser humano de discernir realidad de ficción**. O acaso la escritura es el único modo a nuestro alcance para fijar la realidad. De nuevo en palabras de Javier Avilés: «lo que acontece “realmente” sólo es transmisible a los demás de forma narrativa».

También fragmentaria es la escritura que practica Sònia Hernández (Tarrasa, 1976) en *La mujer del Rapallo* (Alfabia), donde un escueto meollo argumental sirve para tejer un discurso digresivo en primera persona. Aquí, la reflexión importa más que la anécdota. **Los protagonistas son perturbados, el entorno es cerrado y angustioso, la protagonista se pregunta si la creación artística juega en su vida un papel redentor**. De nuevo la angustia por un lugar del que no se puede escapar, de modo la novela que permite defender una tesis clara a pesar de todos sus postulados formales o estéticos, de nuevo una escritura perturbadora, poco convencional que destaca por, como señaló Santos Sanz Villanueva en su crítica de El Cultural “una independencia absoluta respecto de los códigos dominantes en la narrativa castellana actual».

Por último, tenemos un texto cargado de referencias rabiosamente actuales: la novela con la que Jismina Sabadú (Madrid, 1981) obtuvo el último Premio Lengua de Trapo, *Celacanto*. Y **ya no ha de sorprendernos que a la narración no lineal sume el mundo aterrador de la infancia**, el horror de un pez que devora niños, varias existencias al borde del colapso y la contundencia de una voz narrativa que cuenta sin titubear mientras deconstruye, de nuevo, el tradicional discurso novelístico.

Los cuentistas

Dos magníficas colecciones de relatos completan esta selección opulenta. Sus autores, un pamplonica y un bonaerense, no parecen tener nada en común, más allá de su preferencia por el relato y su excelencia a la hora de cultivarlo.

Los cuentos de Fabián Casas (Buenos Aires, 1965) en *Los lemmings y otros* (Alpha Decay) rastrean el territorio de la infancia en busca de tesoros, y los encuentran en buen número. El mundo adulto y sus complejas relaciones vistas con los ojos de un niño o la violencia sin aditivos de las relaciones de amistad y rivalidad están entre sus materias primas más abundantes. Pero no hay piedad. **La infancia no es amable, como tampoco lo es el entorno en que sucede: la gran urbe**. Del mismo modo, la literatura tiende a ser autobiográfica. O lo parece mucho. La literatura es verdad, parece decirnos Casas, llevando la contraria sin saberlo al ya citado Javier Avilés.

En las antípodas -¡hurra! ¡brindemos por la variedad!- se sitúa Roberto Valencia (Pamplona, 1972) con *Sonría a cámara (*Lengua de Trapo). La mentira es aquí como el oxígeno que se respira. Las relaciones personales son el tema central, pero en ellas el engaño es tan inevitable como la pantalla que se interpone entre casi todos los protagonistas de la docena de historias que componen la colección. **Y es que Valencia retrata uno de los aspectos más cotidianos del mundo que nos hemos inventado en los últimos años:**

el de las relaciones, casi siempre sexuales, a través de Internet. Y de nuevo hacen su aparición los puntos en común que a estas alturas podríamos comenzar a considerar rasgos generacionales: relación entre realidad-ficción, definición de la verdad, mundos paralelos, violencia del entorno urbano y lenguaje directo a la yugular. En eso, ambos autores están tan puestos de acuerdo, a pesar de todas las distancias que casi parecen gemelos.

El colofón a todo esto es una suerte de justificación o disculpa: resulta imposible colocar etiquetas a ese misterio que llamamos Literatura. Hacerlo es absurdo e inútil. Nos sobran clasificaciones. Desde este momento, queda el lector autorizado a no tomar en serio nada de lo que ha leído en estas páginas. **No así a olvidar los diez nombres cuyo presente comienza a conjugarse en futuro.**